

IMPORTANTE:

Al público

En vista de los numerosos pedidos que todos los días nos llegan de números atrasados de nuestras publicaciones, nos place comunicar a nuestros amables lectores que desde primeros de abril existirán depósitos de todas nuestras publicaciones en todos los quioscos y librerías de España. Es, pues, el momento de completar sus colecciones.

IMPORTANTE:

A LOS CORRESPONSALES

Con el fin de que puedan contentar a todos los clientes en cuanto a las demandas de números atrasados y para evitarles momentáneo desembolso, esta Dirección, de acuerdo con sus distribuidores, ha decidido establecer depósitos de los números atrasados de todas nuestras publicaciones. Si no ha recibido dicho depósito y lo desea, pida las colecciones que necesite a

**Sociedad General Española de Librería,
Diarios, Revistas y Publicaciones, S. A.**

Barbaró, 16, BARCELONA. Ferraz, 31, MADRID. Ferrocarril, 20, IRUN

J. Horta, impresor. - Barcelona

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

N.º 224

50 cts.



Las
cómplices
de los hijos

por
Mme. Wallace Reid,
Percy Marmont, etc.

NÚMERO EXTRAORDINARIO

Filmoteca
de Catalunya

LA NOVELA SEMANAL CINEMATOGRAFICA

Propietario: FRANCISCO-MARIO BISTAGNE

Redacción { Vía Layetana, 12
Administración { Teléfono, 4423 A

Año V BARCELONA N.º 224

Las cómplices de los hijos

Comedia dramática de Adela Rogers,
interpretada por la señora viuda
WALLACE REID

Dirección de R. WILLIAM NEILL

EXCLUSIVA DE

L. GAUMONT

Paseo de Gracia, 66
BARCELONA

Con esta novela se regala la postal-fotografía de
WALLACE BEERY

Prohibida la reproducción.
Revisado
por la censura gubernativa.

J. Horta, impresor - Barcelona



Las cómplices de los hijos

Argumento de la película

Antes de entrar en el desarrollo de la novela de que se trata, y como síntesis de la misma, una madre llevando de la mano a un niño y una niña, aparece ante nuestros ojos, que contemplan cariñosos a los infantes y admirativos a la que, desde el nacer, a cambio de su propia vida, tiene la misión, sagrada y sin igual, de velar por la vida de ellos; y nos dice, con súplica en la voz:

—¡ Madres de todo el mundo! ¡ Os presento esta obra como protesta contra el desorden y el libertinaje que son hoy características de

nuestro siglo y de nuestra civilización! ; Y para recordaros que las bases de la ley y del orden tienen su origen en la más grande de las instituciones modernas: el HOGAR!

.....

EMPIEZA EL ASUNTO

Roberto Allen, siempre que la cuestión se ponía en el tapete, era un panegirista exaltado del respeto a las leyes.

Pero ello no le impedía burlarlas cuando se le presentaba la ocasión.

Aquella tarde de Nochebuena, cuando apenas habían sido encendidos los faroles públicos, Roberto regresaba a su casa en su automóvil, acompañado de su hijito Jorgito y Rosita Helt, la amigueta inseparable del niño, que vivía en la casa contigua a la suya.

Impulsado por el afán de llegar lo más rápidamente posible al hogar, había forzado la marcha del coche, y la persecución del agente

de tráfico de aquella demarcación no se hizo esperar.

Al advertir el hecho, Jorgito, que, ante el ejemplo de su padre y la cariñosa indulgencia de su madre, había sacado la consecuencia de que para él no debía haber más ley que su voluntad, dijo a Roberto, estimulándole, como el público deportivo a los boxeadores cuando riñen duro, a correr más, a fin de vencer al perseguidor:

—¡Corre, papá, que nos va a pillar!

Roberto obedeció, no precisamente por dar gusto a su hijo, sino por temor a la multa, y su coche devoraba los kilómetros.

El policía le iba a dar alcance en breve, pero la casualidad favoreció a Roberto, pues en una encrucijada dió media vuelta y se confundió con otros automóviles, engañando al agente, que tomó un coche por otro.

Jorgito batió palmas, y exclamó, dirigiéndose particularmente a Rosita:

—¡Hemos dejado al policía con un palmo de narices! ¡Ahora, el tonto, sigue a otro coche!

Roberto contestó a la explosión de contento

de su hijo, como para justificar su desacato a la ley:

—Si nos hubiera cogido, no tendríamos más remedio que pasar la Nochebuena en la cárcel.



Entretanto, en el hogar de los Allen. Marta, la esposa...

—¡Qué bromazo! ¿Verdad, Rosita? — comentó Jorgito con un gesto de hombre vanidoso.

Entretanto, en el hogar de los Allen, Marta, la esposa, hacía, secundada por su criada, miope de la vista, pero no del corazón, los preparativos para celebrar dignamente la Nochebuena.

Con manos de hada colmaba de adornos y juguetes el árbol de Navidad, descontando la alegría que experimentaría su hijo con tanto regalo, y también Rosita, que había sido considerada, en aquella encantadora ocasión, como una hija por la bondadosa Marta.

Para esta mujer, que sólo tenía sus manos para acariciar, y sus labios para besar, y sus ojos para sonreír siempre, aún llorando, la palabra HOGAR significaba cuánto de bello, amable y maravilloso contiene el mundo.

Su vida no conocía otro objetivo que el de sacrificarse por su esposo y por su hijo, para hallar en su felicidad su propia dicha.

Por el contrario, su vecina, Aurora Helt, la madre de Rosita, no sentía el menor cariño por el hogar y los goces puros de la familia. Para ella, la vida sin "jazz-band", sin "shimmys" enloquecedores sería un lóbrego infierno.

Ocupadísima estaba Marta en sus delicados preparativos, cuando Aurora llegó a su casa.

—Supongo que podemos contar con vosotros para esta noche. He organizado una fiesta que promete ser muy brillante — le dijo.

Marta no pudo negarse.

—Yo creo que Roberto no tendrá inconveniente. De modo que hasta luego.

—Manda a Rosita a casa en seguida. A Ricardo le dará uno de sus arrebatos si sabe que está fuera a estas horas.

—No pases cuidado, Aurora. Te mandaré a tu hija tan pronto llegue con Jorgito y su padre.

Al poco aparecieron éste y los niños.

Marta recibió gozosa en sus brazos a su hijo, y sonrió al propio tiempo a la niña.

Jorgito, sin detenerse a corresponder a la cariñosa acogida de su madre, le contó lo sucedido en la calle.

—¡Nos ha seguido un policía, pero papá lo ha burlado!

—¡Oh! Eso no está bien... Figúrate si llega a deteneros...

Roberto depositó en el suelo, detrás de una gran cortina de terciopelo, unos paquetes; y allí se le reunió Marta, para decirle:

—Aurora quiere que pasemos con ellos la Nochebuena. Han preparado una pequeña fiesta... Anda, vamos a arreglarnos.

Roberto era amigo de reuniones, y se apresuró a ir a arreglarse.

Marta, antes de seguir a su marido, dijo a la niña:

—Corre a tu casa, Rosita; tu mamá te está esperando.

La muchachita iba a obedecer a Marta, pero Jorgito, al quedar a solas con ella, la hizo vacilar.

—¡No seas tonta, no te vayas! ¡Déjala que espere!

—¿No crees que me reñirá mi papá?

—¡Al fin y al cabo, estás conmigo, mujer!

—Bueno... Pero ¿para qué quieres que me quede?

—Ven, tonta... Mírame bien. ¿Tú crees que esta noche vienen los Reyes Magos?

—Naturalmente.

—Sí, ¿eh? ¡Pues todo eso es mentira! ¡Son

tu padre y tu madre los que traen los juguetes!

—¡Mentira! ¡Mentira! ¡Eso no es verdad!

—¡Si es verdad! ¡Mira!

Jorgito descorrió la cortina que ocultaba el árbol de Navidad adornado por Marta y rodeado, en tierra, de paquetes de juguetes, y Rosita tuvo la evidencia de la farsa en que con tanta alegría creía.

Aquella noche fué la primera desilusión, y amargo llanto le costó.

Jorgito, implacable en su orgullo, prosiguió:

—¿Ves esta muñeca? ¡Mi mamá la ha comprado para ti! ¡Ya ni los niños de pecho creen en los Reyes Magos!

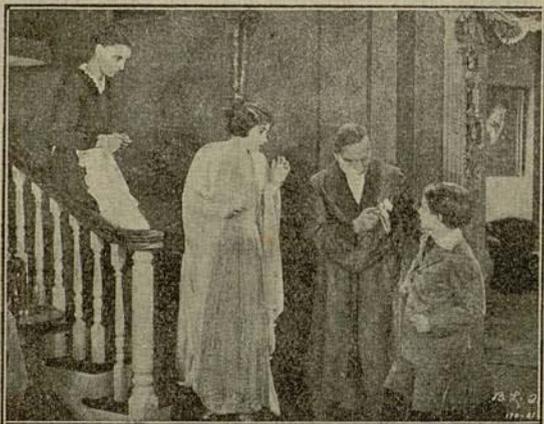
La criada se apercibió de lo que estaba haciendo Jorgito, y corrió a avisar a Marta.

—¡Oh, señora, señora! ¡Jorgito está destrozando el árbol de Navidad!

Roberto tuvo también conocimiento de la locura de su hijo, y con Marta abandonó las habitaciones altas para ir a imponer un correctivo al rebelde.

Rosita fué mandada a su casa, y Jorgito se vió con su padre, que tenía malas bromas.

—¡Yo no sé este niño adonde va a ir a parar con tanta maldad como tiene dentro! ¿Por qué has hecho eso? ¡Contesta! ¿Qué lección has querido dar a esa niña y a tus padres, desagradecido? ¿No sabes que al golpear ese



—¿Por qué has hecho eso? ¡Contesta!

árbol, que era tuyo, has hecho sangrar el corazón de tu madre, que con tanto amor te lo había preparado? ¿Qué es lo que llevas dentro, insensato?

Jorgito no se inmutaba, ni se arrepentía. Sentíase satisfecho de haber demostrado que él no era tan necio como lo suponían.

Roberto no era partidario de castigar a golpes al desobediente, y aquella noche apeló al sistema de encerrarlo en su cuarto sin cenar.

Marta sufría viendo a su esposo zarandear al niño para obligarle a seguirle hasta su habitación, y cuando le hubo encerrado dentro, con la orden de que se acostara, intercedió en su favor, muy afligida, casi llorando:

—¡Pero Roberto, por Dios! ¡Piensa que es Nochebuena!

—¡No importa! ¡Tú le das demasiadas alas, y es necesario que alguna vez se le castigue!

—No lo volverá a hacer, Roberto.

—Es inútil, Marta. Lo siento por ti... pero hay que ser duro. Déjame a mí con el chico. Si el castigar a los hijos consideráis que no es cosa vuestra, dejadnos al menos a los hombres el derecho de hacerlo, ya que uno u otro lo ha de hacer.

Marta no insistió, en vista de la enérgica decisión de Roberto, y alejóse de la puerta de

la habitación de Jorgito, sin cesar de mirar en dirección a la misma, por si el niño, sin llave ni nada, apareciese en su marco...

Mientras, el rebelde pateaba, protestando de su encierro.

En la casa de los Helt, Aurora y su marido se preparaban para la fiesta.

El compañero de la mujer medio loca, era un hombre sensato que se casó para tener un hogar digno y acogedor, pero que se dió cuenta demasiado tarde de que su hogar no tenía de tal más que el nombre.

Es moneda corriente el que en la vida el equilibrio brille por su ausencia. Así como a Roberto Allen le hubiese correspondido mejor una mujer como Aurora, a Ricardo Helt le hubiese caído una bendición tocándole en suerte a Marta.

Ricardo se resignaba, evitándose disgustos con su tolerancia, compensándose de su desengaño en su hijita, en la cual ansiaba inculcar las virtudes que debe tener, como incomparable tesoro, toda mujer. Ello era, sin embargo, difícil, por cuanto el ejemplo de la

madre era contrario a sus proyectos de buen pastor.

Aurora se pintaba los labios, terminada ya



—Ricardo, apostarí a que eres el único hombre de la ciudad que quiere que preserven sus vestidos con naftalina.

su "toilette", cuando Ricardo se ponía el traje negro, recién descolgado del armario.

De los bolsillos del chaleco fué sacando bolas de naftalina, censurando a su mujer el no haberlo hecho antes, a fin de que, oreándola, la ropa perdiese el penetrante olor de la droga contra la polilla.

Por toda respuesta, Aurora, mirándose en el espejo de mano, respondió:

—Ricardo, apostaría a que eres el único hombre de la ciudad que quiere que preserven sus vestidos con naftalina. Si los usaras a menudo, o te comprases algún que otro traje más cada temporada...

—Quizás es porque soy el único hombre de la ciudad que no puede gastar mucho en trajes personales.

—¿Eh? ¿Qué has dicho? ¡No pensarás decirme que yo gasto todo el dinero que ganas! ¡No pensarás decírmelo!

—Es lo mismo que te lo diga como que no. Siempre haces lo que se te antoja. En fin, no me quejo... Ya sabes que no sé quejarme, porque le tengo horror a todo lo que sea contrariar la voluntad de alguien...

Aurora no tenía nunca la delicadeza de consentir que su esposo pronunciase, en sus con-

tinuos roces, la última palabra, y su voz, chillona e impertinente, cerró, aquella noche, la discusión, desdeñosamente.

—¡No me mareas más, Ricardo! Cuando empiezas a sermonear, te pones insufrible.

Marta y Roberto salieron de su casa para entrar en la de sus vecinos y amigos, y como afirmación de lo que ya hemos dicho antes, él dijo a ella:

—Lo único desagradable de las fiestas de Aurora es el marido. Nos aguará la de esta noche, por no perder la costumbre.

Marta movió la cabeza, expresando su compasión hacia Ricardo, y estrechóse cariñosamente contra Roberto.

Y Marta, sin que Roberto, porque era inconsciente como Aurora, lo notase, meditaba sobre la infelicidad de los que viven juntos pero alejados... Ella no quería ser como sus vecinos, y por eso se encogía para sentirse más cerca de su esposo...

*
**

La fiesta en casa de Aurora se vió muy concurrida. No era una pequeña fiesta, sino una brillante velada.

No se trataba de repartir juguetes a los niños, ni de una tómbola de caridad; sino de un baile moderno, donde la juventud encontraba ancho campo para sus aventurillas, y el otoño recordaba días de primavera...

Ricardo, a quien la animación que reinaba en sus salones hería sus sentidos, acostó a su hijita, que atraída por el rumor de la diversión apareció en lo alto de la escalera de las habitaciones particulares, y quedóse a su lado, charlando con ella, complaciéndose, más que entre los invitados, con la ingenua plática suya.

Sin que él se hubiese enterado de lo que había ocurrido aquella noche, antes de la fiesta,

en el hogar de los Allen, Rosita habló a su padre de los Reyes Magos; consiguiendo Ricardo a duras penas convencerla de que Jorgito no sabía lo que decía al asegurarle que esos Reyes eran los padres de los niños.

Rosita palmoteó al recuperar la perdida ilusión, y ansiaba ser muy buena, para que los Reyes le trajesen muchos juguetes.

Los gritos de la fiesta penetraban en la habitación de la niña, sin comedimiento alguno, y ante ello, la criatura fué presa de un doloroso temor.

—Papaíto, los Reyes Magos no se atreverán a venir con el ruido que nacen...

--No temas, cielito. Duérmete, y ya verás como mañana habrán venido sin olvidarse de ti.

Rosita se arropó, dispuesta a dormirse, y Ricardo reunióse con los invitados.

A poco, Aurora, que hacía rato buscaba un pretexto para bailar a sus anchas, ansiosa de que la halagasen los hombres de su predilección allí reunidos, anunció:

—Señoras y caballeros: como dueña de esta casa, ordeno y mando que los casados no bailen juntos.

Roberto aceptó entusiásticamente la idea, bailando en el acto con Aurora; y Marta y Ricardo, después de cruzarse sus miradas en un simultáneo gesto de resignación, hicieron lo propio, por no desentonar.

En su habitación, Jorgito había estado buscando la manera de escapar, y como en las novelas de aventuras y en las películas estúpidas, utilizó las sábanas de su cama, atadas por sus extremidades, a guisa de cuerda; y se deslizó al jardín, trasladándose luego a la casa de los Helt.

La animación fué la circunstancia que ocultó a Jorgito, quien al llegar junto a la escalera de las habitaciones íntimas de sus vecinos, vió aparecer en el tramo superior a Rosita, que no podía dormir con tanto grito como partía del salón en fiesta.

Jorgito, sonriéndole, le hizo signo de no moverse, y reunióse con ella, contemplando juntos lo que hacían los invitados.

Las escenas que se desarrollaban ante sus ojos no eran ejemplares, por cierto.

Como todo lo malo se le entraba a Jorgito cien veces más aprisa que lo bueno, por am-

bos ojos hasta llegar al espíritu, siempre exaltado, lo que hacían los que se llamaban "gente seria" le sugirió una idea digna de su osadía.



...le empolvó el rostro, transformándola en una muñeca de yeso.

—¡Vamos a hacer nosotros una fiesta como las personas mayores! — dijo a Rosita, empujándola hacia la habitación de su madre.

En ella, sin testigos ni miedo, Jorgito abrió el guardarropa, procuró unas ropas a Rosita,



...y transformándose en hombre con ayuda de un mechón de pelos, a guisa de bigote...

que le obligó a vestir, y después que la niña se hubo pintado los labios y ennegrecido los

párpados, como su madre, le empolvó el rostro, transformándola en una muñeca de yeso.

Luego, revolviendo cajones del tocador, encontró en uno de ellos una botellita de bolsillo de licor, que Aurora consumía particularmente, y transformándose en hombre con ayuda de un mechón de pelos, a guisa de bigote, y un sombrero del dueño de la casa, ofreció de beber a Rosita, en una copa de metal, bebiendo él a su vez con la botella.

Ricardo, regresando melancólicamente a la habitación de Rosita, vió en la de su esposa a los dos niños, metamorfoseados de tan estafalaria manera, y echóse a reír. Su risa la había provocado Rosita solamente. Jorgito se había escondido en un rincón.

—¡Qué ocurrencia, hija mía! — exclamó benévolutamente, aproximándose a la muñequita de carne.

—No me toques, papá, que voy muy pintada. No me beses, porque se marcharía el colorete.

—Pero ¿de dónde has sacado tú todo eso, demonio? ¿Y esto qué es? ¿Qué hay dentro?

¿Eh?... ¿Quién te ha dado esta copa y este licor?



—¿Quién te ha dado esta copa y este licor?

—Jorgito, papá, que está allí.

Ricardo volvióse bruscamente, vió no lejos de sí al incorregible muchacho, y crispó las

manos. ¡Con qué gusto le daría una paliza, para que escarmentase!

Pero Jorgito sabía que su vecino no se atrevería a más que a reñirle, y se atusaba los apócrifos bigotes con una insolencia rayana en la desfachatez.

Afortunadamente apareció también Roberto, que quería hablar de asuntos con Ricardo, y Jorgito cambió el color de su rostro así que vió a su padre.

Al corriente de lo ocurrido, e indignado por la escapatoria del muchacho, Roberto lo cogió violentamente por los brazos y lo empujó delante de sí, anticipándole que le iba a dar un buen "premio".

Fuera llovía. Jorgito se mojó al saltar por la ventana al jardín sin abrigo alguno. Ahora la lluvia era más fuerte, y al regresar a la casa, volvió a mojarse.

Marta, que había visto a su marido salir con el niño, les siguió, y cuando Roberto hubo encerrado al rebelde en su habitación, prometiéndole que de momento limitaba su castigo a ese nuevo encierro, para meditar con calma sobre la penitencia que le impondría para que

se corrigiese de una vez, sin poderlo remediar, intercedió en su favor, siguiendo su pésima costumbre de siempre.

—No seas tan severo, Roberto. Déjame al menos quedarme en su compañía.

—Vamos, Marta, haz el favor de ser razonable. Tú no te quedas con él, sino que te vuelves a la fiesta conmigo.

—¡Pero Roberto, piensa en que tiene toda la ropa mojada!

El niño había oído la defensa de su madre, y pataleaba más que la otra vez en su cuarto, arrojando objetos a la puerta cerrada.

—¿No oyes, Marta? Con los ejercicios que está haciendo, no puede sentir frío.

La causa estaba ganada por Roberto, que no estaba dispuesto a ceder un milímetro de piedad a Marta.

Jorgito, en vista de que su padre se empeñaba en castigarle, no se dió por vencido, y ya que por un lado no podía salirse con la suya, se vengaría por otro lado, causándoles pesar. Y oyósele gritar:

—¿Creéis que voy a estarme aquí encerra-

do? ¡Pues saldré a la lluvia y cogeré frío y me moriré!

Así lo hizo el insensato. Abrió el balcón y salió a recibir en el descubierto pecho la lluvia torrencial, gritando:

—¡Quiero morir! ¡Quiero morir! ¡Quiero morir!

Marta y Roberto, aquélla empujada por éste, volvieron a la fiesta; pero algunas horas después, cuando el "réveillon" languidecía con las primeras livideces de la alborada, Marta tuvo que regresar precipitadamente a su casa, avisada por la criada de que Jorge estaba muy enfermó.

—Pero ¿cómo fué, Felisa?

—No lo sé, señora, no lo sé... Pero lo cierto es que está muy mal... Por no molestar antes a la señora, me he permitido llamar al doctor... Encontré a Jorgito muy mojado...

Ricardo escuchaba silenciosamente la grave noticia, y sus ojos se dirigían, alternativamente, a su esposa, Roberto y Marta.

Aurora y Roberto seguían bebiendo o jugando con los restantes invitados, indiferentes a

cuanto no se relacionase con las últimas chispas de la fiesta.

Así, Marta hubo de volver a su casa sin detenerse a avisar a Roberto, censurándole para sus adentros su severidad con el niño.

Reunida, al poco, con Jorgito, la abnegada madre lo besó largamente, balbuciendo palabras incoherentes, y como consecuencia de sus reflexiones, murmuró, con la firme convicción de cumplir su promesa:

—¡ Oh, Dios mío, qué hemos hecho! ¡ Señor, Señor, si me lo sanas, prometo no volver a permitir que lo traten duramente!

**

Después de una larga enfermedad, Marta era más indulgente que nunca, y, alentado por esta bondad, Jorgito llevaba las violencias de su casa al colegio donde se educaba.

Aquel día, un comité de pequeños estudiantes, presidido por sus profesores, se encargaba de poner una sanción a los pecadillos de sus compañeros.

El que hacía de Presidente de la comisión pronunció el nombre de Jorgito, acusado de desobediencia.

Uno de los niños que asistían al "juicio" contestó:

—Señor Presidente, Jorgito Allen ha sido llamado, pero se niega a venir.

El profesor preguntó entonces a los muchachos del "público":

—¿Hay dos entre ustedes que se atrevan a traer aquí a ese rebelde?

Dos, tres, y hasta cuatro niños levantaron un brazo en señal de aceptación del encargo. El profesor eligió a los dos más robustos, y los mandó en busca de Jorgito.

Este se hallaba en el patio, atormentando a sus compañeros.

Acababa de obligar a un niño a cederle su puesto en la tabla en que se columpiaba con otro muchacho.

El niño fué arrojado de dicha tabla, y el compañero que estaba en el otro extremo de la misma, arriba, al descender bruscamente, por efecto de quedar libre la parte opuesta de la tabla, cayó al suelo, lastimándose.

Tampoco salieron indemnes los dos niños que tenían el encargo de conducirlo ante el comité de justicia escolar, perdiendo uno de ellos dos dientes y amoratándosele un ojo al otro.

Los profesores, cansados de la conducta intolerable de Jorgito, tomaron enérgicas medidas, personándose el director del colegio en casa de sus padres, acompañado de los niños lesionados.

Marta se encargó de recibir al profesor, en ausencia de su esposo, lo cual ella celebraba, mientras Jorgito, sin preocuparse lo más mínimo, escuchaba debidamente oculto.

El director del colegio quejose sin rodeos de Jorgito, y llegó al extremo de manifestar que, para satisfacción de todos, sería mejor que el rebelde no volviese a la escuela.

Marta procuró que la visita del profesor fuese lo más breve posible, lo suficientemente rápida para que Roberto no tuviese tiempo de llegar antes de terminar; pero no pudo lograrlo.

Jorgito, al ver aparecer a su padre, tembló de pies a cabeza. Menos mal si el director se abstenía de repetirle lo que acababa de decir a su madre.

No le salió tampoco la cuenta a Jorgito, pues el maestro, comprendiendo que Marta referiría de la misa la mitad a su esposo, cogió a

éste por su cuenta y lo puso en antecedentes de todo.

—Señor Allen, por el bien de su hijo me permito hacerle una advertencia. Las madres demasiado indulgentes labran la perdición de sus hijos — terminó diciéndole.

Roberto, conteniendo enérgicamente su indignación, repuso al director, agradeciéndole su visita:

—¡Yo le prometo a usted que lo castigaré, y con mano dura!

Al quedar a solas con su esposa, Roberto preguntó:

—¿Dónde está Jorgito?

El niño se puso en salvo, pero Roberto le alcanzó y se disponía a darle una paliza de la que se acordase toda su vida.

Pero Marta se opuso a ello terminantemente.

—¡Déjame! Este muchacho va a perderme!

—¡No le pegues, Roberto! ¡Hazlo por mí!

Por un momento, Roberto vaciló; pero reaccionando, su mano iba a descargarse violentamente en el rebelde.

Marta cegó. Apoderóse de un bastón, blandiólo sobre la cabeza de su esposo, y dijo:

—¡Soy su madre y lo entiendo mejor que nadie! ¡Déjame que yo le castigue!

Ante la actitud de su mujer, Roberto quedó desarmado.



...se abstrajo en la contemplación de un zapato nuevo que acababa de comprarle a Jorgito.

—¡Parece mentira, Marta! ¿De modo que lo expulsan del colegio y todavía lo disculpas? — lamentóse profundamente.

Marta no le escuchaba, y sentándose en un diván, se abstrajo en la contemplación de un

zapato nuevo que acababa de comprarle a Jorgito.

Acariciando la piel, le parecía consolar a su hijo, que saltaba de gozo en su habitación, por su nuevo y rotundo triunfo.

*
**

Algunos años después, Marta colocaba en un pastel de cumpleaños tantas velitas como anualidades transcurridas desde que Jorgito vino a alegrar con su presencia su vida.

—¿Verdad, Felisa, que parece mentira que Jorgito cumpla hoy los dieciocho años?

—Estos últimos años han pasado muy de prisa, señora. El señorito Jorgito es hoy un hombre.

En efecto, el niño de ayer se había convertido en un buen mozo; pero víctima de una madre indulgente, seguía siendo el muchacho díscolo y rebelde de antes.

Rosita Helt, su amiguita de siempre, pasaba la curva peligrosa de los dieciseis años, cuando la niña se convierte de pronto en mujer.

Aquella tarde, jugando al "tennis" los dos

inseparables amigos, Rosita, a quien los años habían transformado en una primorosa señorita, dijo a Jorgito, sin mala intención:

—¡Cualquiera diría que sabes jugar al “tenis”, Jorgito!

Disgustado, el vanidoso tiró su raqueta contra la red divisoria del campo, alcanzando un tobillo de Rosita, que ahogó un grito de dolor.

Cojeando, la linda jovencita llegó hasta un banco, ayudándola, después de reflexionar acerca de su brutalidad, Jorgito, sin rechazarla ella.

Sentóse Rosita en el citado banco, y como se frotaba el tobillo herido, Jorgito se ofreció a examinar la herida.

Sin malicia alguna, Rosita, al colocar sus pies en el banco, una vez sentada, dejó al descubierto sus piernas, finas y vistosas, y una ligera parte de más allá de las caprichosas ligas.

Jorgito sintióse atraído por la peregrina visión, y desde aquel momento consideró a Rosita como una mujer... pero una mujer más bonita que todas juntas...

Con delicadeza jamás puesta de manifiesto,

desenfundó la pierna herida de la media de seda, y acarició el tobillo lastimado.

Rosita le contemplaba con cariño, agradeciéndole que se arrepintiese de haberle hecho daño, y sin darse cuenta de que se prolongaba demasiado la “cura de urgencia”.



Jorge sintióse atraído por la peregrina visión...

Jorgito no se había sentido nunca tan turbado como hasta entonces, y su mano, obedeciendo a un oculto deseo, acarició la desnuda

pierna de la doncella hasta el límite de los aros elásticos...

Rosita dió un grito de sorpresa, y volvió a enfundar rápidamente su pierna, dándole unos golpecitos en el rostro al adorado amigo.

Sinceramente afligido de haber causado daño a la hermosa niña, Jorgito se disculpó, acaso por única vez en su vida.

—Perdóname, Rosita. No le digas a nadie que yo he sido capaz de pegarte.

—No temas, Jorgito. No sería capaz de acusarte.

El la estrechó con un brazo contra su pecho, y regresaron a su casa.

Marta se hallaba en la acera de su casita, con Felisa, contemplando un precioso automóvil, su regalo de cumpleaños al hijo mimado, sin que él lo supiera.

—¡Qué buena es usted, señora, para él — dijo la criada pensando en lo mucho que se había gastado Marta para adquirir semejante coche.

—Mi marido cree que Jorgito es demasiado joven para tener un automóvil, pero yo le he comprado éste a sus espaldas.

—El se lo agradecerá tanto, señora, que, naturalmente, será para usted la primera carrera.

—Así lo espero.

Cuando Jorgito llegó cerca de su casa, y mientras se despedía de Rosita, vió el coche parado enfrente de aquélla, y como nuevecito su madre le dirigió una mirada elocuente, cogió a la amiga de la niñez de una mano, y le dijo, empujándola consigo:

—Me parece que me espera una gran sorpresa.

Marta se complació en darle esa sorpresa, y loco de contento, Jorgito se aprestó a probar el automóvil en el acto.

Su madre esperaba la invitación para sentarse a su lado; pero oyó que ésta iba dirigida a Rosita.

—¡Ven, preciosa! ¡Vamos a probarlo!

El coche se alejó rápidamente, y Marta estuvo en sus párpados unas lágrimas.

Felisa, ingenuamente, comentó:

—Yo creía que sería usted la primera que iría en el automóvil, señora...

Resistiéndose a llorar, Marta inició una sonrisa.

—Mientras ellos sean felices...

Pero hubo de entrar en la casa, porque su dolor era más fuerte que su sed de perdón...

Jorgito condujo a Rosita a un lugar del bosque, pintoresco y solitario.

Allí detuvo el coche, y so pretexto de oír el canto de los pájaros, quedáronse un rato.

Rosita, celosilla, preguntóle:

—¿A cuántas muchachas has traído aquí, Jorgito?

Jorge la miró a los ojos, y le contestó, muy cerquita, ciñéndole el talle con un brazo:

—Tú eres la primera, te lo juro. Yo no sé cómo se quiere a las novias, pero yo te quiero a ti como a una novia.

La declaración brotaba al fin de los labios del galán, y Rosita se sentía infinitamente dichosa.

Muchas veces se habían besado, pero desde aquel momento sus besos tenían otra significación, otro sabor...

El mundo era pequeño para contener su gran amor, y sus besos fueron tantos, y tan

apasionados, que pasaron las horas sin que ellos se dieran cuenta...

Rosita fué la primera en volver a la realidad, y guiándose por el color del cielo reflejado en la naturaleza, dijo a Jorgito:

—¡Debe ser muy tarde ya! ¡Tu madre y todos te estarán esperando para la fiesta de tu cumpleaños!

Jorgito reconoció que su amada tenía razón, y para recuperar en parte el tiempo perdido en el bosque, puso el coche a excesiva marcha.

Como era fatal, no pudo escapar a la vigilancia del agente de tráfico, que sudó antes no le dió alcance, pero cuyo castigo estaría en relación con la falta.

Jorgito, encogiéndose de hombros ante el policía, burlóse de él a su manera, ofreciéndole, en vista de que el suyo no tenía punta, un lápiz para llenar la papeleta de citación al juzgado.

Rosita trataba con sus mudas súplicas de ablandar al policía, mas éste, integérrimo cumplidor de su deber, no hizo caso de nada, y dijo a la llenita novia del rebelde:

—Voy a recomendarle al juez que le im-

ponga un arresto a su acompañante, señorita.

La broma hubiera pasado de broma para cualquier otro, pero Jorgito era tan fresco, que



—Mi deseo es que sepáis quereros, para ser dignos el uno del otro.

su radiador no llegaría a calentarse mientras él guiase el coche.

Al llegar a su casa, Marta, olvidando que su hijo había preferido a Rosita a ella, salió

a su encuentro, sin testigos, y colocándose entre los dos, les dijo cariñosamente:

—Mi deseo es que sepáis quereros, para ser dignos el uno del otro.

Los amigos de Jorgito le descubrieron y se encargaron de felicitarle en masa, mandándose por turno, como una pelota. Sin duda, habían aprendido sus hábitos, en cuanto a la brutalidad.

Uno de los amigos descubrió la papeleta que el festejado acababa de recibir de manos del policía de tráfico, y mostrándola a todos, gritó como un energúmeno:

—¡Bravo! ¡Jorgito ha sido multado!

Roberto, que estaba entre los invitados, siempre un tanto apartado de su hijo, de cuya educación, desde hacía años, se encargaba Marta, por lo que ocurrió aquella memorable tarde en que los profesores del colegio vinieron a anunciarle que había sido despedido, indignóse al oír la noticia de la multa.

—¡Y el agente recomienda su arresto! — continuó el amigo escandaloso.

Jorgito calló las voces, y dijo:

—¡Bah! No hay que apurarse. Mi padre pagará por mí.

Roberto recogió la provocación al punto, y enfrentándose con el rebelde, repuso:

—¡Tu padre no pagará nada y permitirá que te arresten!

Marta lamentaba también el primer disgusto que le daba su hijo con el automóvil, pero al oír la dura réplica de Roberto, salió en su defensa, como una tigresa, para librar a Jorgito de la humillación delante de sus amigos en el día de su cumpleaños.

—¡No temas, Jorgito, no irás a la cárcel! ¡Aquí está tu madre para pagar por ti todo lo que haya que pagar!

Roberto no prohibió a su mujer que tal hiciera, pero no pudo menos de decirle, con una sombra de presentimiento:

—¡Tú vas a conseguir que un día lleven a la cárcel a tu hijo por algo grave!

Marta no podía pensar en tal cosa, y Jorgito sonreía por lo bajo...

Unos días después, en el café del Gato Negro; un lugar adonde, sedienta de diversiones, acudía con frecuencia la loca juventud, Rosita

y Jorgito se entregaban a las delicias del baile, alternando la diversión con la bebida.

Unos amigos de Ricardo reconocieron a Ro-



...encontrando en ella a su mujer jugando con varios amigos...

sita, y obrando a conciencia, decidieron informar de ello al padre.

Ricardo acababa de llegar a su casa, encontrando en ella a su mujer jugando con varios

amigos, uno de los cuales parecía no poder estar mucho tiempo alejado de ella...



—¿Mi hija en ese lugar de corrupción?

Estaba acostumbrado a encontrar gente en su casa, y había acabado por no protestar de ello, refugiándose en el trabajo para olvidar.

Los amigos le telefonearon en aquel momento.

—¿Es usted, Ricardo?

—Yo mismo. ¿Quién es?

—¡Venga usted lo más pronto que pueda! Su hija está aquí, en el café del Gato Negro, con el chico de Allen.

—¿Mi hija en ese lugar de corrupción? ¿Están ustedes seguros de que es ella?

—No se entretenga. Es su hija, y él es esa peste de muchacho.

Ricardo estuvo tentado de ir a obligar a Aurora a acompañarle a salvar a Rosita, que obraba a su albedrío porque le faltaba la dirección materna; pero en tan críticos momentos supo demostrarle su desprecio, prescindiendo de ella en absoluto hasta para los asuntos más delicados.

En un tris estuvo Ricardo en el aludido café.

Antes trasladóse a casa de Marta, llevándosela consigo, para que se encargase de llamar al orden a su hijo. Velada la razón por el humo del alcohol, los dos jóvenes se besaban sin recato.

Al ver a su madre y a Ricardo, Jorgito se echó a reír, no dejando de abrazar a Rosita.

—Mira quién está aquí, preciosa mía... Tu papá... mi mamá... toda la familia...

Marta no sabía decidirse a obrar.

—Vamos, hijo mío... Lo que haces no está bien...

Ricardo cogió a Rosita, intimándola a separarse de Jorgito.

—¡Esta muchacha es mi novia, y ni usted ni nadie se la llevará! — protestó el rebelde.

Ricardo levantó el puño sobre Jorge, pero la mirada humilde de Marta le volvió a la razón.

Sin embargo, desentendiéndose de consideraciones con Rosita, la empujó violentamente, y rechazó el avance hacia ella de Jorgito, del que se encargó su madre.

—Esa mujer es mi novia y...

—Cálmate, Jorgito... Soy yo... Tu madre...
¿No me reconoces, hijo mío?

—¡Yo quiero a esa chica!

Ricardo salió del café, diciéndole antes a Marta:

—Luego iré a verla a su casa, amiga mía, y hablaremos.

Jorgito, enloquecido por la derrota que le

infligía el padre de Rosita, hizo ademán de disponerse a perseguirlos.

Marta se interpuso, con lágrimas y súplicas, pero Jorgito, cegado por la embriaguez, la arrojó de sí sin piedad.

Y pegada a la pared, llorando silenciosamente, quedó la madre infeliz.

El "auto" de Jorgito esperaba a la puerta. El empuñó el volante y partió en dirección a su casa, para cortar el camino al coche que conducía a Rosita.

En un paso a nivel, perseguido por el mismo policía de la primera vez, Jorgito prescindió de la valla, para pasar, y cuando se encontró al otro lado de la vía, se echó encima de un carro de hortalizas, guiado por un viejo, al que acompañaba su anciana esposa.

Dicho matrimonio fué arrojado a gran distancia, resultando ileso, por verdadero milagro, el hombre, pero falleciendo en el acto la pobre mujer. El coche quedó completamente destrozado.

Por efecto del choque, y debido a haber desviado el coche sin calcular la maniobra, el au-

tomóvil se despeñó a la hondonada del camino, hiriéndose levemente su ocupante.

El policía persiguió hasta allí a Jorgito, amenazándole con disparar sobre él su revólver si intentaba resistirse a entregarse.

Conducido ante la pobre mujer sin vida, el policía, conteniendo al viejo, que quería vengarse por su mano, le acusó en público:

—¡Ha matado usted a esa mujer! ¡Esta vez, joven, no se arreglará todo con pagar una multa!

Marta recibió aviso telefónico de la detención de su hijo, poco después de regresar ella de su infructuosa ida al café del Gato Negro.

Arreglóse, y, al salir, dijo a Felisa, moviendo dolorosamente la cabeza:

—Jorgito ha sido arrestado. Sin duda otra multa por exceso de velocidad... Voy a sacarlo de su encierro.

Y bien ajena del verdadero motivo del encarcelamiento de su hijo, se presentó al tribunal nocturno.

El policía de guardia que la recibió reparó su registro, y como no encontró en él nada

que se refriese a Jorgito, la mandó a otro despacho.

—Lo mejor es que vaya a ver al Jefe, señora.



—No puede usted pagar ninguna multa para sacar de la cárcel a ese muchacho.

Marta preguntó al Juez lo que tenía que abonar para libertar a su hijo, y el funcionario, al encontrar en su libro la relación de los hechos originados por el detenido, contestó:

—No puede usted pagar ninguna multa para sacar de la cárcel a ese muchacho.

—Pero, ¿por qué? Comprenda usted que no lo voy a dejar entre rejas.

—¡Su hijo es un asesino, señora! ¡Acaba de matar a una pobre mujer!

Marta quedó inmóvil. Miraba, sin verle, al Juez, y de pronto, lanzando un grito horrible, cayó sin sentido en los brazos de un subalterno.

El proceso siguió su curso, y llegó el angustioso día de la vista de la causa.

Marta se hallaba al lado de su hijo con Rosita, serenándose para infundirle valor.

Roberto sufría al otro lado, pero no se atrevía a demostrar a su hijo que le perdonaba, y en el público se apretujaba la gente.

El abogado defensor estuvo elocuentísimo, y Marta tenía muchas esperanzas.

Pero el fiscal, hombre de gran talento, abrumó al acusado con un brillante informe.

—...Nunca se han visto como hoy tantos jóvenes delincuentes. ¡Y es que en los hogares ya no se enseña a respetar las leyes! ...Si los padres enseñasen a sus hijos a amar y a

respetar a la justicia, las puertas de las cárceles se enmohecerían, y en las ciudades no se alzaría nunca esa cosa siniestra y terrible que



Marta se hallaba al lado de su hijo...

se llama el patíbulo... Y yo, señores jurados, en nombre de la ley y de la sociedad, os pido que castiguéis con todo rigor a ese joven libertino, cuyo delito no es hijo de la imprudencia, sino de la degeneración.

El Jurado se retiró a deliberar, y entretanto, Rosita, emocionada, abrazó llorando a Jorge, y murmuró a sus oídos:

—Jorge... te amo... te amaré siempre...

Jorge se arrepentía sinceramente de su vida de disipación, que le había conducido allí, y ocultó su rostro en sus manos, para sollozar.

Marta miró a Roberto, que hacía esfuerzos por contener sus lágrimas, y le cogió una mano, para que con ella acariciase al hijo desgraciado.

Y Roberto, padre al fin, obedeció.

La reaparición del Jurado llenó de angustia los corazones.

¿Qué habría decidido?

¿De quién sería el triunfo, de la defensa o de la acusación?

Se hizo, el mayor silencio.

Y la sentencia que fué pronunciada, acusaba a Jorge de asesinato en primer grado.

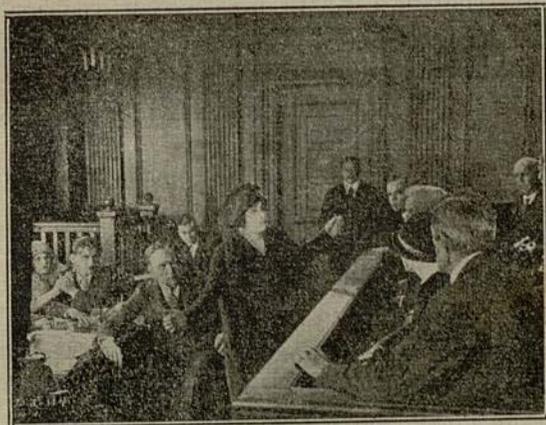
Muchos pechos se desgarraron, pero Marta, en medio de su dolor, levantóse en contra de esa acusación.

—¡No! — gritó, acercándose al Jurado. — ¡Sólo yo soy la culpable!

El Presidente la atajó sin vacilación.

—Usted no puede tomar sobre sí el castigo de su hijo. Todas las madres harían lo mismo.

—¡Pero si el delito es mío... sólo mío!



—*¡Ustedes son padres, sin duda, señores!*

Jorge no cesaba de llorar, y Roberto se agitaba en su silla nerviosamente.

—¡Soy yo quien con mi indulgencia criminal lo ha traído hoy aquí! ¡Yo le compré el

coche! ; Yo le toleré que faltase a la ley por primera vez, dándole así alas para que reincidiese!... ; Soy yo la culpable, señores jurados, y no puedo consentir que mi hijo pague mis culpas! ; Yo recibí de Dios una vida para guardarla, cuidarla y guiarla por la senda del bien! ; No he sabido cumplir este deber! ; Soy por lo tanto culpable!... ; Ustedes son padres, sin duda, señores! ; Los que no lo sean, que hagan un esfuerzo para comprenderme!... ; Mi hijo habrá sido imprudente... habrá faltado a la ley! ; Pero la culpa es mía... nada más que mía! ; Castíguenme a mí!

Todos la escuchaban suspensos, pero nadie le respondió nada.

—Pero ¿no ven que yo tengo toda la razón?... ; Lo que ustedes quieren es separarme de mi hijo! ; No, no; no me lo quitarán ustedes! ; Una madre puede contra todos!

Y agotadas sus fuerzas, cayó al suelo, roto su corazón.

*
**

Por fortuna, todo no fué más que un sueño.

En la calle, precisamente, los viejos vendedores de hortalizas, cuya mujer había muerto en la pesadilla, voceaban su mercancía.

Marta se asomó a comprobar que, en efecto, la esposa del vendedor estaba allí, en el pescante, al lado de su marido.

Sí que estaba.

¡Oh, qué alegría!

Roberto regresó en aquel momento a su casa, procedente de unas diligencias, y Jorgito le dijo al verle:

—Mamá me ha dicho que no volvería a aquella escuela de párvulos.

Por toda respuesta, Roberto se encogió de hombros, pues recordaba que por culpa del niño había estado a punto de disputarse seriamente con Marta cuando ésta le amenazó con pegarle con un bastón si él se atrevía a tocar al niño para castigarlo por haber sido despedido del colegio.

Marta oyó a su hijo, y alcanzándole, cogió el zapato que estuvo contemplando antes de dormirse, y le dijo:

—Lo he pensado mejor, Jorgito, y vas a volver a esa escuela a dar una satisfacción y a suplicar que te admitan otra vez... Además, por primera vez en tu vida, vas a saber quién soy yo.

Jorgito miró asustado a su madre, mas ésta, obligándole a ofrecerle sin resistencia su parte más carnosa, le pegó fuerte con el zapato.

—¡Basta, basta! ¡Que me duele mucho! ¡Uy, mamá! — gritaba Jorgito, desconcertado.

Roberto oyó esos gritos y reapareció, contemplando estupefacto la escena.

—¡Aguanta, hijo, aguanta, que por tu bien es! — contestaba al chico Marta.

Roberto comprendió, y acercándose a su esposa, comentó con visible satisfacción:

—¡Eso es lo que le hace falta, querida! ¡Dale, dale, sin miedo!

Y vaya si Marta le dió.

A buen seguro que Jorgito no querría que tuviese repetición la insospechada zurra.

Y aquellos palos tan bien administrados, reconciliaron a los esposos, que comprendiéndose más y mejor, serían espléndidamente felices.

.....
Aquí termina la novela.
.....

La misma madre que nos habló al principio, vuelve a dirigirnos la palabra.

Escuchémosla.

Dice:

—¡Madres de todo el mundo! Ya habéis visto que esto no ha llegado a ser un drama... El niño de Marta es el niño de hoy en día; de sus faltas somos todas responsables ante Dios.

¡Que la semilla del ejemplo fructifique!

FIN

Próximo número :

LA MAGNÍFICA NOVELA

El orgullo de la estirpe

Por Mary Alden, Eugène O'Brien
y Virginia Valli

Postal-regalo: MARY BRIAN

32 PÁGINAS

NUMEROSAS FOTOGRAFÍAS

La Novela Semanal Cinematográfica

sale todos los miércoles

25 CÉNTIMOS

SIEMPRE LAS MEJORES PELÍCULAS

COLECCION USTED
LOS SUGESTIVOS LIBROS DE LA
BIBLIOTECA

Los Grandes Films

CUYOS TITULOS SON LOS SIGUIENTES:

Los Hijos de Nadie.-El triunfo de la mujer.
El prisionero de Zenda.-El joven Medardus.-Los enemigos de la mujer.-Una mujer de París.- El Corsario.-Para toda la vida.-Cyrano de Bergerac.-De mujer a mujer.-La Hermana Blanca.-El milagro de los lobos.-¡¡París...!!-Venganza de mujer.

Precio de cada libro:
UNA PESETA

Teresa de Ubervilles.-Maciste, Emperador.-Lirio entre espinas.-El que recibe el bofetón. - Rómula. - Janice Meredith. - El Fantasma de la Opera.-El trono vacante. El Caid. - Madame Sans-Gêne. - América. Cuando las mujeres aman. - El Capitán Blood.-Más fuertes que su amor.-Ella... Demasiadas mujeres. - Nobleza baturra. Cenizas de Odio.-El Rajá de Dharmagar. El difunto Matías Pascal. - La marca de fuego. - Los Hijos de Nadie.

Precio: 50 céntimos

Esta semana: ¡Acontecimiento!

PESCADOR DE ISLANDIA
por Sandra Milowanoff

Bicolor, 64 páginas

50 céntimos

UN ÉXITO ENORME

ha obtenido la nueva edición de

LOS HIJOS DE NADIE

de la Biblioteca

Los Grandes Films

de

La Novela Semanal Cinematográfica

Portada bicolor - 64 páginas

Precio: 50 cts.